

Los esfuerzos de los Hohenstaufen no lograron el triunfo permanente, pero hasta lo transitorio era una ganancia. Los más hermosos recuerdos de nuestra historia más antigua pertenecen a esa época. Trate el lector de imaginarse cómo sería la antigua historia alemana sin Barbarroja y Enrique VI. Y *el que sabe lo que significan los recuerdos en la vida de los pueblos no lo desestimarán.*

La nación alemana, cuando políticamente se halló a dieta restringida, se alimentó durante siglos con los recuerdos de los emperadores de la casa de los Hohenstaufen. Y quizá deba sobre todo a estos recuerdos, el que más tarde haya revivido una vez más un instante de grandeza.

CAPÍTULO CUARTO

Los estados territoriales — Amenazadora declinación del Reich — Restablecimiento del reino — Alberto I — Cambio de dinastías — Los príncipes electores — El orden electoral de Carlos IV — Creaciones de la época de los estados territoriales — Rasgos fundamentales de la vida estatal — El carácter político de la nación — Pequeños estados y pequeña burguesía — Carácter de la política alemana — Las ciudades — Burguesía y nobleza.

Es necesario despedirse absolutamente de toda idea de grandeza y esplendor, como también del encanto de poesía y belleza, con que los tiempos más antiguos aparecen a los ojos del que los contempla después, al abordar la segunda gran época de la historia alemana, *la época de los estados territoriales.*

Es extraordinariamente difícil hacerse una imagen clara del caos estatal en que dejó a Alemania la caída de la casa de los Hohenstaufen. El poder real antes dominante, ha desaparecido por completo; por lo pronto no existe rey alguno. Nada significa que varios señores se atribuyan simultáneamente ese título. Enrique Raspe y Guillermo de Holanda, como en un tiempo Conrado IV y más tarde Ricardo de Cornualla y Alfonso de Castilla, se llaman reyes, pero no son más que pretendientes. Su escasa importancia está demostrada por el hecho de que los dos nombrados en

último término son extranjeros; uno de ellos apenas se estrenó de paso en "su" reino y el otro ⁽¹⁾ jamás vió el Reich.

Mientras tanto progresa rápidamente la evolución de los estados territoriales. Como todos los estados, quieren ante todo agrandarse. Tanto más sienten esta necesidad, cuanto más carecieron, en el momento de surgir, de una firme cohesión geográfica. Constan en efecto de muchos trozos separados, jirones y andrajos de territorio, que, naturalmente, aspiran a una fusión: el territorio quiere redondearse. Y, puesto que ello es posible solamente a costa de otros territorios, se origina así una situación que puede definirse como la lucha de todos contra todos. La guerra civil está a la orden del día. Casi siempre la enciende la extinción de una familia de príncipes, pero cualquier otra ocasión lleva a estados colindantes a tomar las armas el uno contra el otro. Esta situación, con el tiempo, fué atenuándose, las guerras de sucesión y las hostilidades limítrofes se tornan más raras, pero nunca cesan durante la existencia del primer Reich alemán. Hasta las guerras de Silesia de Federico el Grande y la de la sucesión bávara de José II, no son otra cosa que las mismas luchas que llenan los siglos XIII y XIV.

Lógicamente y, dada la índole de los acontecimientos, lo peor fué al principio, en aquel "intervalo terrible, el período sin emperador" ⁽²⁾. Pareció que desaparecerían por completo la unidad del Reich y el orden estatal, y que los suplantaría el simple derecho del más fuerte. Su consecuencia es un abigarrado caleidoscopio, que cambia de

(1) El gran rey de España, Alfonso X el Sabio, electo Emperador de Alemania el 1º de abril de 1257 quien por la presión de la opinión española, contraria entonces a esa aventura exterior, no se decidió al ejercicio efectivo de la dignidad imperial; renunciando a ella definitivamente en 1275. (N. del T.)

(2) Schiller: El Conde de Habsburgo.

siglo en siglo. Poco a poco cristalizan en ciertos sitios aislados, bloques estatales más grandes que, en cierta medida, logran redondearse y extenderse hacia afuera, como el ducado de Baviera, el landgraviato de Turingia unido a la Marca de Misnia, y, ante todo, el reino de Bohemia agrandado por Otokar II con Austria, Estiria y Carintia. Entre éstos y a su lado, el gran número de estados medianos y pequeños, seculares y eclesiásticos, príncipes, condes, barones y, finalmente, también las ciudades, muchas de las cuales pueden tomar vuelo, hasta convertirse en pequeños estados independientes.

Es imposible afirmar, si este estado de cosas se habría eternizado o si la necesidad de asegurar el comercio hubiera tenido, por sí misma, fuerza bastante para terminarlo. Bien puede imaginarse que a cambio del poder real, que los más fuertes no necesitaban y los más débiles no podían crear, se hubiese constituido una numerosa serie de uniones que, con colaboración de los vecinos y por ayuda mutua, hubiesen velado en cierta medida por el orden y la seguridad de sus propios límites; o si se hubiesen aislado con mutua desconfianza y hostilidad, en forma parecida a lo que aconteció realmente hacia fines del siglo XIII en la parte sur de Suabia, la Suiza de hoy, con el resultado que de ello, con el correr del tiempo, naciera un estado propio. De la misma manera, esas uniones provinciales o confederaciones hubieran podido llegar, aún en otros sitios, a una nueva formación de estados particulares, tal vez en el Rin, en la Sajonia inferior y en Westfalia, Baviera, Turingia y Franconia. Síntomas de ello se observaron aquí y allá.

No se llegó a eso a causa de una intromisión del exterior. La Iglesia había destruido el imperio y el reino. Reconstruyó de nuevo este último, porque en su momentánea situación creyó que necesitaría nuevamente de un empe-

rador. Fué el papa Gregorio X quien impuso en el año 1273 la elección de un rey reconocido por todos en Alemania, rey que pensaba utilizar como emperador en Italia para restablecer el equilibrio. El designado fué el conde Rodolfo de Habsburgo. Es una verdadera ironía del destino que este rey elegido exclusivamente para convertirlo en emperador, nunca pudo iniciar la campaña transalpina, tan esperada, tan a menudo decidida y que debía proporcionarle la corona imperial de los Hohenstaufen. Y con ello demuestra su reinado algo nuevo: el imperio de los alemanes está de hecho terminado, la soberanía en Italia extinguida.

Así quedan las cosas, a pesar de los repetidos intentos para restaurarlas. La acometida realizada por Enrique VII (1310-1313), en circunstancias aparentemente favorables — por cuanto al comienzo lo apoyaba la Iglesia—, no alcanzó su finalidad, pues el nuevo emperador murió en medio de la lucha, y el nuevo intento de Ludovico el Bávvaro (1327-1329) fracasó por completo. Carlos IV eliminó esas ilusiones, al resignarse a una dignidad imperial de pura fórmula y a una soberanía nominal sobre los estados italianos, que le ofrecían ciertas ventajas pecuniarias y la posibilidad de una mayor intromisión diplomática en los asuntos de Italia.

En los tiempos que siguen todo quedó así. La utilidad real que Alemania obtuvo de las malogradas campañas de Ludovico contra Roma y de la política neta de renunciación de Carlos, consistió en que se impidió el establecimiento de Francia en Italia. El mismo peligro que llevó una vez a Otón I a través de los Alpes —que Italia llegase a ser un territorio económico coherente y poderoso, que lograse apartar a Alemania del camino principal del comercio mundial—, este mismo peligro, afortunadamente, se conjuró en el siglo XIV. Un gran número de estados en

el sur de los Alpes, que se combatían política y económicamente unos a otros, prestaron los mismos servicios que había prestado antes el dominio alemán: las vías del tráfico mundial continuaron siendo accesibles para los alemanes.

Sin embargo, la novedad del reinado de Rodolfo I y de sus sucesores no está solamente en la renuncia a las tradiciones de un gran pasado. Tiene también un lado muy positivo: posee características completamente modificadas. Sus columnas de sustentación ya no son el patrimonio de la corona y la soberanía sobre las iglesias; el primero se ha derretido en las llamas de la guerra civil de los Hohenstaufen, hasta quedar reducido a un saldo exiguo; la segunda ha terminado hace mucho tiempo. El nuevo rey representa en el reino exactamente tanto cuanto represente como soberano territorial por la fuerza de su propio poder dinástico. Para expresarlo trivialmente: como rey debe vivir de su patrimonio privado, por cuanto el Reich no le abona ninguna lista civil.

La consecuencia es que cada rey trata de aumentar el poder de su casa. Así procedieron cuantos se sucedieron desde el año 1273, desde Rodolfo I hasta Carlos IV, con la misma tenacidad que pusieron antes sus predecesores en la aspiración a la corona imperial. Y no necesitamos buscar una explicación que aparece por sí sola. Si cada príncipe trataba de aumentar su poder cuantas veces se le presentaba la oportunidad, ¿por qué no debía hacer lo mismo el rey? Todo aquel que llega a ceñir la corona, estira sus manos para incorporar a lo que ya posee (la herencia de sus padres), un nuevo territorio, y hasta dos y más. En aspiraciones todos son iguales: sólo en resultados son distintos. Rodolfo I pudo conquistar a Austria y Estiria, que quitó a Otokar de Bohemia. La batalla de Moravia (1278) es la base del poder de la "casa de Austria", como desde en-

tonces se llamaron los Habsburgo. Adolfo de Nassau fracasa cuando trata de apoderarse de Turingia y Misnia. Alberto I está por anexas estas dos comarcas a las posesiones heredadas de su padre y al reino de Bohemia ya conquistado por él y a la expectativa de obtener a Holanda, cuando lo elimina la mano asesina de su sobrino (1308). Enrique VII impone a su hijo como rey de Bohemia, y Ludovico el Bávaro gana a Brandenburgo, Holanda y el Tirol.

Por esta "política del poder dinástico", los reyes que siguen tienen mala fama ante la posteridad. Se acostumbra reprocharles que no velaran por "el Reich" y sirvieran solamente los intereses de su casa. Es de todo punto imposible juzgarlos de modo más equivocado. El rey, tal como era después de 1250, no podía prestar al Reich, vale decir a su nación, servicio mayor que tratando de engrandecer, de cualquier manera posible, su propio poder dinástico. No había otro medio para promover la unidad del Reich y poner fin a las discordias de los príncipes, sino que la corona llegara a crecer en potencia cada vez más alta por encima de todos y cada uno de ellos, hasta superarlos y obscurecerlos. Pero esta finalidad no podía ser alcanzada sino con la anexión de territorios enteros a las posesiones de la casa real. Donde la soberanía territorial dominaba todo, el rey sólo podría gobernar sobre Alemania si era el más grande de los soberanos territoriales. Como última meta en ese camino se perfilaba la soberanía exclusiva del rey, la unión en Estado de toda la nación.

En una ocasión pareció que esa meta estaba casi alcanzada. Fue en los diez años que reinó Alberto I (1298-1308). Había heredado de su padre un poder con el cual nadie podía competir en la Alemania meridional. Con sus vastos bienes en Alsacia, en la parte sur de la Selva Negra y en Suiza, predominaba sobre todos sus vecinos. Les agre-

gó Austria y Estiria, regiones extensas, ricas y excelentemente administradas. La habilidad de estadista y el talento estratégico de Alberto lograron deshacer —en lo que fracasó su predecesor Adolfo— la oposición de los príncipes renanos, cuando intentaron sublevarse contra él. Se atrajo a las ciudades, al eximir, con sagacidad y amplia visión, al comercio en aguas del Rin, de todos los derechos aduaneros impuestos por los soberanos territoriales; medida que era a la vez la apropiada para desviar hacia Alemania desde las rutas francesas el tráfico comercial entre Italia y los países del norte. En esta posición ya tan fuerte, emprendió también el rey, la conquista, para su casa, de Bohemia, Misnia y Turingia. Si en ello hubiese tenido buen éxito hubiera logrado también en la parte nordeste de Alemania un predominio al que nadie hubiese podido sustraerse. Habría dominado a toda Alemania.

Pero la tarea no era sencilla; los obstáculos eran formidables. En Bohemia, se movía poderosa la oposición nacional; en Misnia y Turingia, la nobleza autóctona no quería saber nada del alemán del sur, bien conocido como excelente soberano territorial, pero también como gobernante severo y desconsiderado. La lucha no estaba aún decidida, la balanza oscilaba. Cuando el rey reunió todos los medios de su poder, tropas y dinero, cayó sobre él, durante los últimos preparativos de la campaña decisiva, el puñal del sobrino, y la más hermosa promesa de porvenir para la nación alemana se hundió por la insensata acción de un odio personal, ya que no volvió más a presentarse la oportunidad, y desde entonces las fuerzas particularistas dominaron el ambiente.

El repetido cambio de las dinastías fue la causa por la cual la acumulación de zonas de poder en manos de cada casa reinante perjudicó al Reich. También en esto la nueva

época se distingue de la antigua. Anteriormente se atuvo, por lo general, al principio de que la familia real reinante debía proporcionar el nuevo rey. Conducía a ello la concepción jurídica de que el rey —como surge del sentido original de la palabra en alemán— debe ser el más noble del pueblo; ¿y quién podía ser más noble que un descendiente de reyes? Para ello colaboraba también la consideración práctica de que la concentración de los medios de poder permanecía asegurada de generación en generación, si el nuevo rey era al mismo tiempo el heredero nato de su predecesor. Patrimonio del Reich y fortuna de la casa real quedaban así, conjuntamente, en poder de la misma familia.

Desde 1250 se abandona este principio: se hace valer lo contrario. Cuantas veces cambia la persona del rey, otras tantas una dinastía reemplaza a la otra en el trono. La intención es ésta: el hijo no debe suceder al padre, porque ello fortalecería en demasía al rey. Los príncipes no tienen interés alguno en que el más poderoso de ellos sea el rey; por lo contrario, éste no debe tornarse demasiado potente. Ya no ven en él, desde que son soberanos territoriales y gobiernan sus estados propios, a su soberano legal, sino a un rival incómodo, a quien no se debe dejar llegar al predominio. Cada estado tiende por naturaleza a la soberanía y a la exclusión de limitaciones. Los territorios alemanes desde Federico II eran estados, pero no fueron soberanos mientras el rey prevaleció sobre ellos. Y tanto más desearon serlo, de hecho si no de derecho, cuanto menos poder tenía el rey para hacer valer su derecho de soberano supremo. Por ello les conviene que, cuando un rey ha engrandecido a su familia, le siga otro que deba empezar de nuevo. Fue indiferente para los príncipes ver después frente al soberano la encarnizada oposición de los herederos de su prede-

cesor y que la labor de la última generación se volviera siempre contra la siguiente; no perdían nada con ello, aun cuando el Reich alemán se asemejara así a Penélope, que deshacía de noche lo tejido durante el día.

Cabe, sin embargo, la duda de que se hubiera establecido este cambio permanente de dinastías, si no se hubiese iniciado desde 1250 una institución que no conoció la época anterior: los príncipes electores. Antiguamente el rey era elegido por el conjunto de príncipes. Ahora este derecho se había restringido hasta formar un privilegio de un estrecho círculo, en último análisis, porque la gran masa de los príncipes consideraba con indiferencia la elección del rey. Quedaron alejados, y los siete que habían conquistado en los tiempos de los Hohenstaufen la primacía de honor en la elección y coronación del rey, se vieron solos en esta función y se convirtieron sin más ni más en únicos electores. Era tan escaso el interés en el asunto, que un pequeño grupo de príncipes de entre los menos poderosos llegó a tener una vez por todas el privilegio de dar al Reich un monarca que luego debían aceptar hasta los de mayor poder. En efecto, el único de los electores que por su poderío pertenece a la categoría de los príncipes de primer orden es el rey de Bohemia. El Palatinado, la Sajonia achicada de los Ascanios, y Brandenburgo son potencias de segunda clase, y Maguncia, Colonia y Tréveris corresponden a una tercera categoría. Se comprende fácilmente que estos señores se aferraran desesperadamente a su derecho a la elección del rey, el único que los elevaba sobre la multitud de sus colegas y les daba importancia. Pero nadie podrá afirmar que esto haya sido un estado de cosas natural y sano. Las instituciones malsanas se vengán siempre. El bacilo del colegio de electores, nacido en el terreno pantanoso de la guerra civil de los Hohenstaufen, envenenaba de

nuevo al Reich en cada elección regia. Más que cualquier otra cosa impidió la formación de un poder real firme y fuerte.

No faltaron los intentos de remediar ese estado de cosas. Ya Rodolfo I debe de haber elaborado sus proyectos para que la corona se convirtiera en una herencia familiar; el primer intento lo había realizado Enrique VI. También Alberto I estuvo cerca de esta meta, y la hubiera alcanzado, si el destino le hubiera concedido una vida más larga y buen éxito en sus planes de conquista. Con su muerte desapareció también esta posibilidad, y Carlos IV, que trató de poner en orden las condiciones enmarañadas del Reich en todos los terrenos, reconoció lo existente y se esforzó en utilizarlo, aumentando los privilegios de los electores, garantizándoselos por escrito con arreglo a una ley del Reich —la Bula de Oro de 1356— para ganar dentro del estado un fuerte partido en el que pudiera apoyarse su dinastía como gobernante. Puede decirse que logró su propósito; cesa entonces el cambio de dinastías; los luxemburgo-bohemios, los hijos de Carlos, Wenceslao y Segismundo, llegaron uno tras otro al trono, y, a la extinción de su casa con Segismundo en 1437, la corona pasó a su yerno Alberto II y a la familia de los Habsburgo de Austria, quienes la conservan hasta el final.

La época de la que nos ocupamos no goza de mayor estimación por parte de los intelectuales. A nadie puede reprocharse esto. El hombre busca hasta en el pasado los fenómenos —personas y acontecimientos— que llaman su atención, ya sea por sus rasgos humanos, ya por la magnitud o la gravedad de las consecuencias de lo ocurrido. Lo pequeño y lo de estrechas miras repugna, cansa y aburre.

A la historia alemana le falta después del año 1250 cualquier rasgo de grandeza. Si alguno aparece a veces —



CARLOS IVº

Dió al Reich un estatuto instituyendo el orden electoral de la corona.

Estatua del "maestro de la Bella Fuente".

(Berlín, Museo del Emperador Federico)